

LA PRENSA INGLESA DEDICA SUS MEJORES COLUMNAS A LA VISITA DE LORD HOME A ESPAÑA

Todo país que no siga caminos gratos al izquierdismo internacional es fustigado por el laborismo

Londres 29. (Crónica telefónica de nuestro corresponsal.) La llegada de lord Home a Madrid merece las columnas de postín de la mayoría de los diarios ingleses. Este rumoroso cacareo, rico en notas nostálgicas, destaca la importancia del viaje. Mañana, los Comunes vuelven a su trabajo, después de las vacaciones de Pentecostés. Ante ellos hay trece preguntas hechas por un grupo de laboristas, escondidos, en apariencia, por las palabras de Mr. Butler afirmando que España debe estar plenamente incorporada al mundo occidental.

Los suspiros del laborismo se caracterizan hoy por su voz tenue y falta de sustancia. Los observadores anotan una alarmante pérdida de facultades. Antaño, la actitud antiespañola de esas minorías daba ocasión para repetir manoscados estribillos, pero con gestos declamatorios de algún valor anecdótico. Ahora, ese folklore político se presenta como rutina obligada, sin vigor y cumpliendo con los imperativos de la inercia. La campaña ha carecido de fuerza y novedad. Los bramadores hacen pensar en el vejete que sentado al sol gusta recordar los amigos de la infancia llamándoles todavía por el diminutivo del nombre de pila. La enemistad contra España resulta ahora tan trasnochada como aquellos nombres juveniles adjudicados a un anciano.

La opinión recogida en medios bien informados de la capital es que la visita de lord Home responde al deseo de consolidar las buenas relaciones existentes entre los dos países. No se descubren propósitos secretos. Dentro del mundo moderno no había fantasma más rancio que las relaciones hispano-inglesas. Los viajes del señor Castiella a Londres fueron la primera evidencia de la desaparición de aquel planteamiento. La visita de lord Home se suma a la misma trayectoria. Los problemas contenciosos que pueden existir pueden también ser tratados dentro del cuadro de una operación amistosa.

El acercamiento viene a confirmar la comprensión que los ingleses tienen de España. El turismo, entre otros factores, con millones de forasteros en contacto directo con la vida de nuestro pueblo, ha dejado al descubierto la tramoya de la intriga y el número minoritario de los tramoyistas. Estos forman el grupo de "sesenta y cinco ilustres personalidades", siempre pluma en ristre para encabezar documentos de protesta, movimientos calificados de humanitarios y peticiones insolentes. El objetivo es nuestro país o cualquier otro que no siga caminos gratos al izquierdismo internacional.

En la "peña" suele haber de 25 a 30 miembros del Parlamento. El resto del cupo lo cubren poetas, dramaturgos, actores, periodistas y políticos de relleno. Denominador común para alguno de ellos son escendidos fervores comunistas. Entre los más diligentes pueden ser citados Michael Foot, muy distinguido por sus campañas en busca del desarme inglés, e igualmente famoso por su entusiasmo hacia las fuerzas armadas rojas, bien ocren en Laos o en Vietnam. También Sidney Silverman, diputado, portavoz de la abolición de la pena de muerte y ferviente defensor de un Castro que no suele andar remiso a la hora de fusilar a sus oponentes.

El escritor Hugh Macdiarmid, otro de los promotores, se dio a conocer cuando

pidió su ingreso en el partido comunista, a raíz de las matanzas de Hungría. Hay que citar, asimismo, a Canon Collins, un clérigo que recibe el sustento diario de la Iglesia británica, pero que dedica tiempo y trabajo a corear toda política favorable a la U. R. S. S.

Comentaba el cosmonauta norteamericano Shepard: "No es la caída paulatina la que hiere, sino la parada repentina." A lo largo de muchos años, los estribillos antiespañoles fueron cayendo en un engo-

lillado arcaísmo, sin obtener crédito entre la mayoría de los ingleses. Sus portavoces sin embargo, no se sentían heridos por esa indiferencia gradual. Ahora, la visita de buena voluntad hecha por lord Home dejó bruscamente al desamparo aquellas manobras. Es lógico que esos activistas—que no representan el sentir del país—se consuelen de sus cuitas con un inofensivo despliegue de lamentaciones, incapaces de aceptar los vínculos hispano-ingleses.—Alfonso BARRA.